

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

The green berets: La creación del discurso político a través de la pantalla.

Dadamo, Florencia.

Cita:

Dadamo, Florencia (2009). *The green berets: La creación del discurso político a través de la pantalla. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/195>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

The green berets: La creación del discurso político a través de la pantalla

Dadamo, María Florencia

Introducción

Al realizar un abordaje más profundo sobre el cine inmediatamente encontramos que su definición como medio de comunicación audio-visual masivo no abarca todos sus aspectos y posibilidades. Las películas son verdaderas representaciones culturales de una sociedad que es a su vez su productora y consumidora. Como toda manifestación artística, se constituyen como interpretaciones coyunturales (sean ficciones o no) que un grupo de humanos hace sobre los fenómenos que los rodean (En este sentido, dejando de lado las diferencias del lenguaje utilizado, se perciben puntos de contacto con la labor del historiador¹).

De igual forma, al reflexionar sobre la industria cinematográfica norteamericana, notamos que esta es mucho más que una enorme y lucrativa corporación destinada al entretenimiento mundial. “Hollywood ha intentado a menudo influir sobre el decurso de la historia mediante la producción de filmes conscientemente realizados para cambiar el enfoque público con respecto a asuntos de importancia política o social”.² Un claro ejemplo de ellos, entre muchos otros, es *The Green Berets* (1968).

Encuentro que este caso a analizar es especialmente paradigmático por diversos motivos. No solo afirma y representa una serie de valores y creencias característicos de la llamada “*American way of life*” sino que toda la película se encuentra netamente orientada hacia objetivos propagandísticos que apelan al apoyo de la injerencia americana en el sudeste asiático en medio de un contexto histórico que discute y pone en tela de juicio a estos dos lineamientos principales que atraviesan el film. Otra particularidad de *The Green Berets* es la coexistencia prácticamente paralela de los diferentes momentos que una producción cinematográfica presenta. “En el cine encontramos distintos tiempos: el *tiempo de realización*, el *tiempo del director*, el

¹ Para ampliar sobre el abordaje de la relación entre cine norteamericano y su historia ver Marc Ferro “Cine y conciencia de la historia en Estados Unidos” en *Historia Contemporánea y Cine*. Barcelona, Ariel, 1995 y Robert Rosstone “El cine histórico”, en *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona, Ariel, 1997.

² Rollins, Peter. *Hollywood: el cine como fuente histórica. La cinematografía en el contexto social, político y cultural*. Ed. Fraternal, Buenos Aires, 1987. Pág. 13

tiempo del espectador y, finalmente, el tiempo de la narración propiamente dicha".³ Como veremos, todos ellos son coincidentes y acompañan los fines de una decadente administración Johnson vapuleada por una guerra cada vez más impopular tanto dentro como fuera de los Estados Unidos. De esta forma, intentaré demostrar, cómo el "séptimo arte" fue capaz de reproducir un determinado discurso político funcional a los intereses de Washington, cuyo objetivo era lograr un consenso social que avale (o al menos no contradiga) el accionar militar en Vietnam.

Con el objeto de desentrañar las implicancias ideológico-discursivas del texto fílmico centraré mi análisis en el mensaje que este transmite, dejando de lado la mayoría de sus aspectos estéticos, pues ellos corresponden a estudios de índole artístico-cinematográficos.

A estos efectos se partirá de una referencia a la coyuntura que enmarca el conflicto bélico en cuestión (haciendo hincapié fundamentalmente hacia los fines de los años sesenta) para luego abordar analíticamente los aspectos centrales de un film que sin reparo alguno se encontraba concebido desde un principio para actuar como un brazo ideológico más del aparato estatal americano.

Vietnam y los peces en el pantano

Si bien luego de la crisis de los misiles en Cuba, dentro de la Guerra Fría comienza una etapa de distensión entre la relación de Estados Unidos con la Unión Soviética, el comunismo seguía siendo el principal mal a erradicar y la concepción de su expansión de tipo "efecto dominó" constituía para la Casa Blanca una amenaza inminente en cualquier parte del globo, por más alejada que esta sea.

La intervención norteamericana en el sudeste asiático puede remontarse a 1954, luego de la Conferencia de Ginebra la cual dio pie a que el 21 de Julio se reconociera la independencia de Laos y Camboya mientras que Vietnam quedaba dividida en dos estados separados por la línea de demarcación del paralelo 17. El norte de esta zona permanecía en manos comunistas y el sur bajo el gobierno católico de Ngo Dinh Diem, quien respaldado por Estados Unidos, no llamó a elecciones libres (como se había pactado en Ginebra) y se propone expulsar al Viet Minh y retroceder la reforma agraria

³ Jakubowicz, Eduardo y Radetich, Laura. *La historia argentina a través del cine. Las visiones del pasado (1933-2003)*. Editorial La cruzía, Buenos Aires, 2006. Pág. 19

que este partido había impuesto. Así a la enemistad de muchos campesinos (que habían sido beneficiados con la previa distribución de tierras) se suma a la de otros sectores políticos y religiosos oprimidos por un régimen que a su vez se encontraba flaqueando constantemente ante las fuerzas guerrilleras sudvietnamitas conocidas como el Viet Cong.

En 1960 se funda oficialmente el Frente de Liberación Nacional (FNL) en el Sur que unía a las distintas facciones de opositores con el objetivo de organizar una amplia formación contra Diem y los Estados Unidos basada “en una alianza entre los obreros y los campesinos”.⁴ A este cuadro pronto se agregan los comunistas, quienes proporcionaban el mayor refuerzo ideológico de los componentes y la profunda experiencia organizativa adquirida durante los días del Viet Minh. De esta manera, se logra articular a la población del sur que, a diferencia del norte y centro del país, carecía de una cohesión social fuerte entre sus aldeas.

Para la asunción de Kennedy la situación era delicada: Diem no solo demostraba ineptitud en la defensa de su territorio sino que se manejaba despóticamente y su gobierno era profundamente corrupto. Estas características imposibilitaban la viabilidad de un compromiso neutral similar al que la Administración norteamericana había conseguido con Laos en 1961. En lugar de enviar tropas de combate, el presidente decidió limitarse a proveer equipamiento y “asesores” militares (entre los cuales se encontraban los pintorescos Boinas Verdes) cuya formación se centraba en actividades guerrilleras (para fines de 1963 el número de estos hombres ascendía a 16000). A su vez, a principios de 1961, el joven mandatario aprobó un plan secreto para desarrollar operaciones militares que incluían el “envío de agentes a Vietnam del Norte para tomar parte de acciones de sabotaje y hostigamiento ligero, según los *Pentagon Papers*”.⁵ Hacia el primero de noviembre de 1963 la intransigente posición del régimen sudvietnamita (y ante la negativa de dar un paso al costado) se ve asestada por un golpe de estado organizado y respaldado por Washington, durante el cual Diem es derrotado y ejecutado. Este hecho, al crear un vacío de poder, dificultó la retirada pacífica de las tropas norteamericanas pero también develó realmente “la propensión de Kennedy a las tramas mortíferas secretas.”⁶ El presidente solo sobrevivió tres semanas a estos sucesos

⁴ Wolf, Eric. "Vietnam" en *Guerras campesinas en el siglo XX*. México, Siglo XXI. Pág. 277

⁵ Zinn, Howard. "La victoria imposible: Vietnam"; en *La otra historia de los Estados Unidos*. México. Ed. Siglo XXI, 1999. Pág 353

⁶ Rourabaugh, W. J. "La Guerra Fría" en *Kennedy y el sueño de los sesenta*. Barcelona. Paidós, 2005. Pág 87

y no parecía tener un plan a largo plazo a desarrollar. Sin embargo, fueron sus mismos asesores junto con Johnson quienes llevaron a cabo la intervención directa y la escalada militar que arruinaría la economía americana y terminaría en un pantano de sangre y muerte.

En vistas de una amenaza de derrota militar, el nuevo presidente reforzó en julio de 1964 su “Mando Militar de Apoyo” en Saigón así como la dotación de las bases de las fuerzas aéreas norteamericanas, que pasaron de 15000 a 20000 hombres. Dos meses más tarde se daría un paso más en la intensificación del conflicto como respuesta al controvertido incidente del Golfo de Tonkín, donde hubo un supuesto “ataque provocado” por torpedos norvietnamitas a destructores estadounidenses que solo realizaban una “misión rutinaria” en “aguas internacionales” (más tarde se comprobó que todos estos datos eran falsos y que las autoridades americanas habían engañado al mundo entero). Como contrapartida de este suceso el Congreso, en lugar de declarar la guerra formal y oficialmente (procedimiento que nunca se hizo), otorgó a Johnson el poder para que tomase todas las decisiones militares que creyera necesarias y pertinentes. Inmediatamente comenzaron los bombardeos y el constante envío de tropas hacia la zona, que se irían incrementando con el transcurso del tiempo. Mientras que el presidente en octubre aún declaraba: “bajo ninguna circunstancia queremos una guerra terrestre en Asia y no vamos a mandar a nuestros muchachos a 15.000 o 16.000 kilómetros de la patria lanzándolos al combate para que hagan lo que deberían estar haciendo los muchachos asiáticos”⁷, la escalada militar ya había comenzado sin miras a detenerse.

Durante 1965 alrededor de 200.000 soldados americanos fueron reclutados a la zona y para principios de 1968 había más de 500.000 en suelo asiático. A fines de aquel año el gasto militar ascendía a 75.000 millones anuales (el 56 por ciento del presupuesto federal total) y “los Estados Unidos habían sufrido más de 200.000 bajas, incluidas 30.000 muertes”.⁸ Es difícil computar los costos bélicos del bando asiático, debido a la falta de cifras oficiales fiables y porque aún hoy están pagando el precio con una gran cantidad de sectores peligrosamente minados. Se calcula que “desde 1961 a 1975 murieron

⁷ Berg, Walter H. "Indochina en pleno cambio de las constelaciones de poder" en Benz, Wolfgang y Graml comps. en *El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. México. SigloXXI, 1990. Pág. 203

⁸ Jones, Maldwyn A. "Los años turbulentos, 1960-1980" en *Historia de Estados Unidos 1607-1992*. Madrid. Ed. Cátedra. 1996. Pág 510

1,5 a 2 millones de vietnamitas”.⁹ Es imaginable que los costos materiales deben por mucho multiplicar a los americanos sobre todo si se tiene en cuenta la “utilización de defoliantes, napalm y productos químicos tóxicos”¹⁰ sobre un pequeño territorio que fue víctima de un bombardeo que ya en 1968 superaba en tonelaje total al lanzado por todas las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial sobre Alemania y Japón. Aún así, los vietnamitas no se daban por vencidos y si en una guerra de estas magnitudes se puede hablar de una victoria habría que pensarla en términos de la conquista del tiempo. Planteado de esta forma, es el Viet Cong quien logra el triunfo llevando a Estados Unidos a un desgaste permanente y haciendo de un conflicto que debía haber sido “pan comido” para los americanos una pesadilla interminable.

Uno de los factores que llevó a Johnson a este “atolladero”¹¹ fue el desconocimiento general con que se abordó a la situación, desde las autoridades gubernamentales y políticas hasta las tropas que eran enviadas a luchar sin un entrenamiento correspondiente. En primer lugar, no era de esperarse que una población tercermundista constituida mayoritariamente por campesinos pobres resultara una amenaza a las fuerzas americanas. Sin embargo, todo Vietnam se organizaba sobre la base de aldeas que históricamente habían mantenido relativamente su autonomía durante la subordinación a las potencias de China, Francia (con el interludio del dominio japonés durante la Segunda Guerra) y los Estados Unidos. A su vez, el hecho de estar constantemente subyugados a otros estados más poderosos hizo que los vietnamitas desarrollaran un marcado sentimiento nacionalista que se veía expresado en los diferentes movimientos independentistas y sectas religiosas de diversa índole. Estas características no fueron contempladas por la administración de Johnson, que nunca se interesó por comprender la historia de Indochina, al embarcarse en un proyecto bélico que (no distinguiendo particularidades) homogeneizaba y simplificaba al enemigo. Debido a esta ignorancia los norteamericanos adjudicaban la cooperación del campesinado con la guerrilla al temor al castigo que el Viet Cong les podría impartir y estaban convencidos que el FNL era un brazo armado o un agente directo de Hanoi en el sur, se concibió a la formación

⁹ Appy, Christian G. "Vietnam: una guerra de clase" en Fabio Nigra y Pablo Pozzi, comps. *Huellas imperiales. Estados Unidos de América de la crisis de acumulación a la globalización capitalista 1929-2000*. Buenos Aires. Editorial Imago Mundi, 2003. Pág 407

¹⁰ Adams, W. Paul. "La década de 1960" en *Los Estados Unidos de América*. México. Ed. Siglo XXI, 1982. Pág. 847

¹¹ Sobre las formas de caracterización lingüística que adquiere la guerra y sobre los sinónimos que aluden a la imposibilidad de ganar un conflicto absurdo ver Tom Engelhardt. "En el osario del lenguaje" en *En fin de la Cultura de la Victoria. Estados Unidos en la Guerra Fría y el Desencanto de una Generación*. Barcelona. Paidós, 1997. Pág 248

del frente como una pantalla tras la cual los comunistas llevan adelante su programa de conquista. Esta desinformación sobre la coyuntura política de la zona, se traducían en las acciones militares terrestres llevadas a cabo en un suelo igualmente desconocido e inhóspito donde los guerrilleros vietnamitas, haciéndose eco de la famosa frase de Mao, parecían moverse como peces en el agua. Los jóvenes e inexpertos soldados americanos (el promedio de edad era de 19 años) eran lanzados al combate donde en cualquier momento se podía caer en aterradoras “emboscadas” al servicio de un enemigo difícil de distinguir. A la invisibilidad del contrincante se sumaban el desconcierto y el pavor a la muerte que se apoderaba de las mentes de muchachos que, proviniendo de las clases sociales más bajas, se vieron obligados a participar en una guerra que eximía a los sectores económicamente privilegiados (hasta 1969 el servicio militar era selectivo, siendo las prórrogas estudiantiles o la comprobación de falencias médicas falsificadas métodos comunes para escapar a la conscripción y no accesibles a la totalidad de la población). De esta forma cuando el llamado patriótico se volvía insuficiente (era usual escuchar que se defendían las costas de California al frenar en Asia al monstruo comunista), las promesas de ascenso social se presentaban oportunas excusas a la necesidad voraz de más hombres en Vietnam.

Otra preocupación de Johnson era mantener el consenso nacional que apoyara sus incursiones militares de una contienda en la que para muchos críticos la participación norteamericana era carente de todo sentido. Para ello manipuló a su antojo los medios de comunicación sin escrúpulo alguno. Sin embargo, desde mediados de la década la filtración de información y fotografías no pudo detenerse en diarios y publicaciones clandestinas (conectadas con fuentes vietnamitas) que mostraban al enemigo ya no como animales irracionales carentes de cualquier valoración por la vida, sino como seres humanos reales y (al despojarlos de su peligrosa invisibilidad) como víctimas frágiles y susceptibles de dar y recibir la muerte. Así mismo, la mayor adquisición de la televisión por parte de la población americana no solo tuvo como consecuencia la crisis de la industria cinematográfica, también provocó un quiebre en la opinión pública sobre el conflicto. La pantalla chica proporcionaba la vívida visualización de los “horrores de la guerra”, que esta vez eran impartidos por los jóvenes estadounidenses. Desde 1965 en adelante comienzan a televisarse a soldados arrasando aldeas y torturando a sus pobladores. Se hacen tristemente célebres los procedimientos como las operaciones *zippo* (llamadas así por los encendedores con los que hacían arder en llamas a las viviendas locales) y el método del *bodycount*, introducido por el General Westmorland,

que consistías en el “recuento diario de cadáveres en su táctica de *búsqueda y destrucción* (search and destroy)”.¹² Por más control y mentiras que las autoridades ideaban para ocultar estos acontecimientos, los “crímenes de guerra” quedaban al desnudo frente a un público estupefacto. Como bien declaraba un combatiente estadounidense: “los tiempos libres eran tan demenciales como los que estabas en servicio. Nos metíamos en peleas, hacíamos explotar cosas...No hacíamos mucha distinción sobre quién era el enemigo...Todo lo que se supone que debías hacer era volverte loco”.¹³ La consecuencia principal de la permanente aparición de imágenes y brutales relatos de primera mano (ya sea de los mismos soldados en batalla o veteranos) fue un viraje radical de la percepción nacional del conflicto. Ahora la guerra no solo parecía ser absurda e interminable sino que la delgada línea de demarcación entre “buenos” y “malos” se diluía en un baño de sangre: buscar victimarios era obsoleto, todos eran víctimas.

Este sentimiento de dolor y confusión encuentra su expresión en el movimiento antibélico más importante y masivo de la historia de los Estados Unidos, el cual tiene sus comienzos en esta década pero no deja de desarrollarse hasta el final de la guerra (1975). Las manifestaciones pacifistas, si bien estaban influidas por las organizaciones antinucleares del decenio anterior, compartían las metodologías y tácticas organizativas características de las movilizaciones sociales de los sesenta. Desde el primer momento se basaron en el movimiento por los derechos civiles, con el que mantendrían un contacto fluido en la lucha por la paz, siendo los negros una de las minorías étnicas carentes de recursos económicos que formaban parte de la carne de cañón. Ya a principios de 1966 el SNCC (Student Nonviolent Coordinating Committee) hizo un llamamiento a la retirada de Vietnam y figuras como Muhamed Alí y líderes afroamericanos no pararon de allí en más de pronunciarse en contra de la guerra. En 1968, tiempo antes de su asesinato Martin L. King ya evidenciaba la relación entre la pobreza y Vietnam: “Estamos gastando todo este dinero en muerte y destrucción y no el dinero suficiente en la vida y el desarrollo constructivo.”¹⁴

¹² Berg, Walter H. "Indochina en pleno cambio de las constelaciones de poder" en Benz, Wolfgang y Graml comps. en *El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. México. SigloXXI, 1990. Pág. 206

¹³ Rapaport, Herman. "Vietnam: The thousand plateaus" en Stephenson, Aronowitz y otros *The 60's without apology*. University of Minnesota press, 1984. Pág. 140

¹⁴ Zinn, Howard. "¿O explota?"; en *La otra historia de los Estados Unidos*. México. Ed. Siglo XXI, 1999. Pág. 344

Los estudiantes de clase media y militantes de la llamada Nueva Izquierda constituyeron un importante frente antibélico ya sea dentro de los campus universitarios como en las calles. Junto a muchos jóvenes que también pertenecían al movimiento contracultural sesentista organizaron marchas multitudinarias en por las grandes ciudades (como New York, San Francisco y Washington D.C.) y vestidos con atuendos militares de segunda mano parodiaban al desastre que se sucedía en tierras lejanas. Las razones para su oposición eran variadas: muchos eran pacifistas, otros se compadecieron de las víctimas y algunos más radicales glorificaban el estoicismo del FNL, pero la mayoría creía que “la guerra (junto con el papel de América como un agente policial global) violaba los ideales de democracia y libertad”.¹⁵

Mientras la juventud protestaba en contra de la guerra y muchos criticaban la “política imperialista estadounidense” como el grupo de los Weathermen pertenecientes al SDS (Students for a Democratic Society), la situación entre las tropas en servicio tampoco eran alentadora. Desde 1968 las desertiones aumentaban sin parar, el uso de drogas se incrementó y los incidentes raciales y trifulcas entre oficiales (en su mayoría blancos) y los soldados se acrecentaban a medida que el conflicto se profundizaba. Así la histórica amenaza de que los negros se armaran se vivía tanto dentro como fuera del país.

Cada vez más sectores se unían al movimiento antibélico: grupos de obreros, estratos de clase alta y profesionales acomodados, parte de la Iglesia Católica y los veteranos de guerra quienes prestaban testimonio del horror y rechazaban sus condecoraciones como un gesto de repudio que acompañaba a la quema de libretas y registros de nuevos enrolamientos que se llevaban a cabo en ciertas protestas.

Estas manifestaciones que se venían desarrollando desde mediados de la década llegan a su punto más álgido cuando a comienzos de 1968 la ofensiva de Tet causa un replanteamiento de la batalla casi en la totalidad de la población y dentro de un gobierno que desde hacía tiempo se encontraba dividido entre los “halcones” y las “palomas”, facción que se incrementaba en número con el infructuoso paso del tiempo. El 30 de enero, aprovechando el desorden y la tregua vacacional de la fiesta de fin de año vietnamita, el FNL junto con tropas del norte de Vietnam desarrollaron una serie de acciones militares perfectamente coordinadas en todo el país: atacaron treinta capitales provinciales, ocuparon la antigua ciudad de Hué y en Saigón llegaron a tomar la embajada norteamericana por varias horas. La operación fue sorpresiva y repelida

¹⁵ Gutman, G. H. "The rights-conscious 1960's" en *Who built America. Working people & the nations economy, politics, culture & society*. Vol II. New York. Pantheon Books, 1992. Pág 574

rápidamente pero demostró que todos los esfuerzos estadounidenses no habían servido “para destruir el FNL, ni su moral, ni el apoyo popular, ni su voluntad para luchar”.¹⁶

Si bien en la ofensiva de Tet el enemigo fue aplastado, este consiguió una clara victoria político-psicológica sobre los norteamericanos que “marcó la irreversible derrota militar de las aventuras imperialistas de los Estados Unidos”.¹⁷ Dos meses más tarde Johnson declaraba por cadena nacional su voluntad de negociar un acuerdo con Hanoi y su renuncia a presentarse a una reelección presidencial. A estas alturas la guerra más impopular de la historia americana había calado hondo en el corazón de toda la nación y de sus dirigentes políticos, quienes finalmente parecían aceptar el inminente fracaso que con tanto empeño intentaron ocultar.

Es dentro de este clima de descontento general (inmerso a su vez dentro de una crisis económica que ya mostraba sus primeros síntomas) donde la llamada “contracultura” y diversas minorías sociales históricamente silenciadas cuestionan los valores tradicionales americanos, el “*american way of life*” y la hegemonía mundial de Estados Unidos. Es justamente en medio de esta coyuntura, y como veremos a continuación no por mera casualidad, donde se inserta la producción y proyección de *The Green Berets* al servicio de necesidades gubernamentales que intentan dar respuesta a una profunda crisis político-social.

John Wayne: viejo antídoto para una nueva enfermedad

The Green Berets es desde comienzo a fin una propaganda política destinada fundamentalmente a la búsqueda de apoyo y justificación de la intervención bélica en el sudeste asiático. A su vez, a través del accionar de sus personajes intenta subsanar una moralidad corrompida y retornar a los “verdaderos valores” americanos, cuyo estandarte principal parece ser la figura de John Wayne. Actor que no solo interpreta el rol del protagonista principal sino que también co-dirigió la producción, actitud acorde con sus creencias favorables al intervencionismo norteamericano en Vietnam.

¹⁶ Zinn, Howard. "La victoria imposible: Vietnam"; en *La otra historia de los Estados Unidos*. México. Ed. Siglo XXI, 1999. Pág 358

¹⁷ Hardt, Michael y Negri, Antonio. "El poder en red: La soberanía de los Estados Unidos y el nuevo imperio" en *Imperio*. Ed. Paidós, 2002. Pág 162

La mano de la administración Johnson y de las fuerzas militares que lo acompañaban se ven a lo largo de toda la película. Desde el préstamo de armas reales utilizadas por las tropas norteamericanas hasta las facilidades de locación (situadas en las afueras de Fort Benning, Georgia) otorgadas a la producción se percibe la plena cooperación del gobierno en el rodaje del film. A su vez, el guión se basó sobre el libro escrito por Robin Moore – publicado en 1965 con un éxito en ventas- quien gracias a sus buenas relaciones con altos funcionarios estatales pudo ser admitido como civil los procedimientos de adiestramiento de fuerzas especiales y pasar un tiempo en el campo de batalla vietnamita para recopilar material. Al mismo tiempo, el autor brindó su colaboración al Sargento Barry Sadler para composición de la “Balada de los Boinas Verdes”, especie de himno patriótico que ensalza las virtudes de este cuerpo creado durante la administración Kennedy y que constituye el *soundtrack* que abre y cierra la película. No deja de ser un dato menor que la canción se mantuvo en el primer puesto de ventas durante cinco semanas en 1966. Sin embargo, a pesar de la activa participación de Washington, es ilustrativa la correlación de la actitud estereotipada e ignorante del gobierno hacia en conflicto, más allá del mensaje que pretende dejar la producción, con ciertos “detalles” descuidados que se ven a través de la pantalla: la vegetación vietnamita esta representada por frondosos boques de pinos y los actores que interpretan el enemigo, si bien asiáticos, son japoneses.

Antes de realizar un análisis más profundo del mensaje y de la particular y determinada retórica de la cual se hecha mano para su transmisión debe tenerse en cuenta constantemente que la película fue estrenada a mediados de 1968, año en el que se produjo la derrota de Estados Unidos definitiva, por lo menos a nivel psicológico en su población interna, infligida por los episodios del Tet a principios de aquel año.

En resumidas cuentas el guión versa sobre un grupo de boinas verdes que comandados por el legendario Coronel Mike Kirby (Wayne) deberán asistir a la protección de una base liderada por tropas norteamericanas y vietnamitas aliadas y a la asistencia de una aldea bajo amenaza del Viet Cong. En una segunda instancia de la historia un pequeño grupo selecto encabezado por este mismo personaje llevan a cabo una misión secreta para atrapar al peligroso General Ti, quien tiene bajo su mando las todas las fuerzas guerrilleras del sur de Vietnam.

Para el análisis del caso escogido creo pertinente tener como guía a los “invariantes ideológicos” propuestos por Nigra, quien los encuentra “elaborados más como una herramienta de construcción pedagógica de consenso e ideología para adentro que como

un aparato de difusión externo”.¹⁸ Al abordar el mensaje transmitido por *The Green Berets* a través de estos elementos se observa que ellos se entrelazan formando un imaginario más o menos coherente con el que la población norteamericana se identifica (o como mínimo decodifica su significado sin inconvenientes) pues se basan en postulados históricos conocidos por ella a través de una larga tradición cultural de carácter fundante.

Si bien *The Green Berets* por su temática y recursos fílmicos responde a un género que podría roturarse de “acción” o “drama bélico”, su estructura y el lenguaje de la película responden al *western* americano, del cual John Wayne resulta ser un actor emblemático. En este sentido se produce un cambio de escenario que se desplaza desde las inhóspitas tierras occidentales de Estados Unidos hacia un Vietnam del siglo XX y el conflicto entre aventurados inmigrantes y *cowboys* que enfrentan las adversidades de la naturaleza (incluida en ella a los indios) es reemplazado por el encuentro hostil entre las tropas norteamericanas y los vietnamitas. De hecho, la defensa del campamento asignado a los soldados de Estados Unidos tiene una disposición similar a la de un fortín con torres vigías en medio de un claro en lugar de estar camuflada entre la maleza (este enclave será defendido con valentía hasta el amanecer por hombres cuyos enemigos los multiplican en número). No parece ser inocente esta elección por parte de sus realizadores cuando se indaga sobre el peso ideológico del concepto de “conquista de la frontera” en la interpretación del pasado fundacional de la nación y sus características institucionales. Esta percepción se relaciona íntimamente con la influyente tesis presentada por Frederick Jackson Turner¹⁹ a finales del siglo XIX. Básicamente el autor planteaba una mirada innovadora sobre la particularidad del desarrollo histórico estadounidense: lo despojaba definitivamente de su herencia europea situando al nacimiento de la democracia como fruto singular del proceso de conquista de oeste (y de la consecuente amalgama de diversas culturas) del que también se desprende la reivindicación de los sectores que (alejados ahora de ser “la basura blanca” del este) se movilizaron estoicamente en búsqueda de un futuro mejor y terminaron engendrando el nacionalismo y la igualdad de corte netamente norteamericano. Este desarrollo autóctono y fundante explica el llamado “excepcionalismo” del pasado de Estados

¹⁸ Nigra, Fabio. “Sobre la historia norteamericana versión Hollywood. Algunas hipótesis de trabajo”; en *Siembra*, Revista de Arte y Humanidades de la Universidad Autónoma de Chapingo, Año 3, nro. 7, mayo-agosto de 2007. Pág. 23

¹⁹ Para mayor información sobre los principales conceptos de Turner y su discusión historiográfica ver Angela Moyano. “La frontera: interpretaciones acerca de la tesis de Turner” en Víctor Arriaga comp. *Estados Unidos visto por sus historiadores*, Tomo 2, México, Instituto Mora/UAM, 1991.

Unidos, al diferenciarlo del devenir histórico del resto del mundo occidental, y se articula a la doctrina del Destino Manifiesto que profesa que este pueblo, respondiendo a una misión divina, será el elegido para la realización universal del ideal democrático y capitalista. Esta visión paradigmática es la que impregna en *The Green Berets* el espíritu de los hombres que van a luchar a Vietnam y llevan el estandarte de estos “valores universales” deseados y deseables por el resto del mundo incivilizado. Los ejemplos abundan, sobre todo si se trata de justificar la incursión de Estados Unidos en un pequeño y alejado país tercermundista. Me remitiré a unos pocos.

Cuando un periodista, en principio escéptico a cerca de la necesidad de la intervención americana (luego de ver los horrores de la guerra con sus propios ojos impartidos siempre por el Viet Cong obviamente cambiará de posición) pregunta la razón de esta injerencia se le responde que allí se lleva la democracia y la constitución sobre las cuales los vietnamitas ignoran pero desean. Cuando el Coronel Kirby reflexiona sobre la matanza que imparte y la culpa con la que debe cargar explica que lo hace “su deber” con la gracia de Dios aunque le disguste.

El lenguaje de Wayne y el resto de los protagonistas a su vez esta cargado de un patriotismo marcado: los soldados son voluntarios para ir al frente, demuestran valentía y honor constantemente y tratan con respeto a los vietnamitas aliados. A su vez, los ataques llevados a cabo por los boinas verdes son siempre de carácter defensivo o preventivo. Hasta hay tiempo para demostrar las bondades y los beneficios del sistema a imponer en medio del campo de batalla: a los aldeanos desprotegidos se les provee de servicios primarios (salud, alimento, abrigo) y en el momento de ofrecerles dinero el anciano jefe del grupo asiático responde que no sabe lo que es eso. La reacción del líder militar estadounidense al dirigirse a sus compatriotas es clara y reveladora: “¿Cómo contesto a eso? El capitalismo es tan natural como respirar para ellos.

Obviamente el cualquier contacto con el comunismo se reduce a un conflicto maniqueísta desproporcionado. La película se abre con una conferencia de prensa en el centro de entrenamiento de las fuerzas especiales de Estados Unidos. Los periodistas escuchan atentamente como el “peligro rojo” tiene como único objetivo tomar el mundo. Imposibilitados los exponentes militares de considerar como una alternativa a los sucesos en el sudeste asiático como característicos de una guerra civil no se cansan de demostrar una cantidad de armas capturadas al enemigo de diversa procedencia: checoslovacas, chinas, rusas. El objetivo de la Unión Soviética es obvio y la “teoría dominó” no es ninguna paranoia, para los norteamericanos la amenaza es real.

A su vez, esta lucha entre el bien y el mal se traduce en la mirada estereotipada del “otro”. La película está colmada de demostraciones de las buenas virtudes occidentales frente al salvajismo oriental, pues las cualidades oprobiosas no se reducen solo al enemigo: el capitán vietnamita aliado castiga con inmediata muerte la conspiración dentro de su unidad mientras que los norteamericanos deciden primero corroborar el delito antes de actuar hasta punto tal de que el corresponsal de prensa, enviado por su periódico a relatar “la verdad”, propone un juicio político. Los integrantes del Viet Cong son bárbaros, despiadados y traicioneros. Atacan preferentemente de noche y son capaces de todo: tan abominables que asesinan mujeres, niños, ancianos que se niegan a colaborar con ellos. Los muy desquiciados matan por el mero goce que les produce hacerlo. Con sus trampas y emboscadas maléficas arrasan con todo lo que a un pequeño huérfano le quedaba en el mundo: a su mascota y al simpático Sargento Peterson (Jim Hutton), quién velaba por él en su desgraciada existencia. Es en medio de este salvajismo sin sentido donde el periodista George Beckworth (David Janssen) se convierte en un defensor acérrimo del intervencionismo estadounidense y decide él mismo con sus propias manos tomar las armas para “liberar y democratizar” a un pueblo oprimido, encarando con un patriotismo renovado (casi revelado) los valores del buen americano representado por principalmente por Wayne.

El cuadro discursivo profesado por la película se remata con un fuerte contenido emocional (acompañado por la música instrumental en momentos clave que lo exalta) y por un mensaje triunfalista justo cuando la opinión pública ponía en jaque la posibilidad de una victoria aplastante. Este, a su vez es expresado por los propios deseos del Capitán Nin (vietnamita aliado) quién expone con seguridad retornará a su casa en Hanoi, siendo este su mayor anhelo, pero no sin terminar antes con “los apestosos” integrantes del Viet Cong. El odio de este aguerrido personaje tan grande lo conduce a llevar personalmente la cuenta de cuantos de sus compatriotas han muerto bajo sus manos.

En la película tampoco falta oportunidad para la mención a favor del militarismo y su pragmático accionar en detrimento de una diplomacia deficiente y un Congreso que para 1968 se encontraba cada vez más dividido en sus posiciones con respecto a la guerra. Cuando al héroe del film se le propone una “misión casi suicida” para capturar al peligroso cabecilla de los cuerpos guerrilleros enemigos, este expone que él ya había tenido capturado al Capitán Cai en el pasado pero que por “presiones políticas” y por falta de evidencia lo dejaron en libertad. El discurso de Kirby deja entrever un claro

posicionamiento: cuando las cosas se ponen feas el ejército es el que hace el trabajo duro y no los políticos. En la misma línea se sitúa la concepción del papel de la Marina en el conflicto, la base perteneciente a ella en Vietnam solo sirve para provisiones que son robadas por la astucia de los soldados que responden a Wayne.

Más allá de todos estos elementos discursivos que justifican la intervención y el rol del gobierno y las fuerzas de Estados Unidos, en concordancia con los movimientos antibélicos anteriormente enunciados, se omiten y silencian hechos harto conocidos para mediados de 1968. La relación entre quienes detentan los puestos jerárquicos militares y los soldados rasos son armónicas, respetuosas y presentan una cordial camaradería. No hay mención alguna de trifulcas, abusos y conflictos raciales (de hecho hay un solo negro reclutado y para mayor extrañeza este es el más preparado académicamente: el médico del pelotón). Las tropas son valientes y disciplinadas: no hay drogas y solo se permiten tomar alcohol en ocasiones muy especiales. Una de ellas es el momento previo a la defunción, siendo este el último deseo de un soldado moribundo cuya mayor preocupación no era el sufrimiento llegada esa terminal instancia sino descifrar el lugar de las instalaciones militares en que colocarían su placa conmemorativa. A su vez, el entrenamiento de los reclutas en los cuarteles de Georgia parece más bien una especie de “colonia vacacional” donde todos asisten a pasar un buen rato y sentirse como en sus casas (una de las literas pertenecientes a un soldado esta ataviada como el cuarto de un adolescente, hasta tiene propio pequeño barril dispensador de licor). Bromas y travesuras sin castigo alguno abundan. Los soldados a punto de salir al campo de batalla no son muchachos demasiado jóvenes, son maduros, todos blancos y muy bien preparados para la guerra a punto de encarar tanto militar como culturalmente. Entre ellos hay verdaderos expertos que poseen conocimientos en ingeniería, diversos idiomas (entre los cuales se encuentran diferentes dialectos vietnamitas), etc. Nada más alejado de los numerosos testimonios de veteranos guerra que salían a la luz desde mediados de los sesenta. Todos estos aspectos a cerca de la vida de los reclutas que se contradicen profundamente con lo expuesto en la sección anterior y responden a la voraz necesidad de recursos humanos para una guerra donde las levadas mermaban considerable y progresivamente a medida que transcurría el paso del tiempo y se acercaba el final de la década. La película invita constantemente a jóvenes a unirse a una de las fuerzas compuestas por los “mejores hombres de America” para parafrasear la letra de la “Balada de los Boinas Verdes”. En este sentido la escena final es más que ejemplificadora y a su vez resume el mensaje total de la película. Luego de la exitosa

operación para capturar al malvado Capitán Cai, los soldados que participaron en ella vuelven a la base de Da Nang donde se reúnen con el resto de sus compañeros y los refugiados vietnamitas que protegían (ante el ataque enemigo lo primero que hacen las tropas norteamericanas es preocuparse que estos últimos estén a salvo, arriesgando su vida por ellos). Entre este grupo de afortunados aldeanos se encuentra Hamchunk, el pequeño huérfano que espera con ansias el retorno de su único amigo: el Sargento Peterson. El niño busca desesperado entre los helicópteros y es Wayne el encargado de comunicarle que aquel murió en combate. Tarea que según el soldado que se parado a su lado dice ser la “única que no le envidia”. En un mar de lágrimas el infante recibe la dura noticia y lo único que pregunta al experimentado Coronel es si su amigo fue valiente. Kirby contesta afirmativamente, lo incentiva a afrontar la adversa situación de igual manera y le coloca la boina verde del difunto Sargento en su cabeza. Mientras caminan hacia una emotiva puesta de sol, en forma paternal el astro del western tranquiliza al pequeño cuando este interroga sobre su futuro: “Tu déjame a mi preocuparme por eso, Boina Verde. Por ti es por lo que es todo esto.” Elocuente parece ser poco.

Conclusión

Dado lo expuesto anteriormente vemos como el estudio de caso es un ejemplo, entre otros tantos, del servicio brindado por Hollywood a los intereses del gobierno de turno. A través de la pantalla grande, y apelando a la emotividad del espectador, se construye y transmite un discurso político bien definido y sin demasiados tapujos que pretende recomponer en una nación escindida las que parecían ser bases idiosincrásicas firmemente establecidas desde los cimientos de su propia historia. De ahí la utilización de la fórmula del clásico western norteamericano que apela al sentimiento y compromiso del espectador para justificar una guerra que se escuda detrás de la doctrina del Destino Manifiesto de una sociedad superior llamada a la mesiánica tarea de civilizar el mundo. El mensaje de *The Green Berets* es claro y directo (muchas veces tan reiterativo que da la sensación de rozar el absurdo). Evidentemente cuando explota una olla de presión que cocina un caldo de cultivo cuyos ingredientes son el descontento social, la crisis económica y la pérdida de hegemonía internacional y consenso local; no quedan espacios para sutileza alguna.

A forma de conclusión cabe dejar abiertas ciertas cuestiones para un debate posterior que, a su vez, pueda abrir el camino a futuros estudios comparativos y multidisciplinarios. Una alternativa sería centrarse en reflexionar sobre la efectividad del western americano, más allá de su definición como género cinematográfico.

Tomemos el caso escogido. El hecho de que la película se haya estrenado luego de la ofensiva del Tet y que aún profesara un mensaje positivo y triunfalista sobre la intervención de Estados Unidos en Vietnam debería haber parecido una bofetada al público norteamericano cansado de derramar sangre en un conflicto que para mediados de 1968 parecía a todas luces ajeno y obsoleto para gran parte de la población. De hecho, esta sensación generalizada se vio claramente reflejada en el voto depositado por “la mayoría silenciosa” para las elecciones presidenciales en aquel año a un Nixon que prometía tener un “plan secreto” para acabar con la guerra de una buena vez.

Así mismo, este sentimiento colectivo se encuentra plasmado en las diversas reseñas críticas²⁰ publicadas a efectos de su lanzamiento que tomaban a la proyección de un film de ese estilo como un burdo insulto anacrónico hasta la ridiculez. Sin embargo, y a pesar del recalcitrante clima que se respiraba por la proliferación masiva de protestas antibélicas, *The Green Berets* recaudó más de once millones de dólares en taquilla. Así, sería pertinente preguntarse entonces por el grado del impacto psicológico del uso simbólico de formas y convenciones que hacen a la identidad norteamericana y sus efectos en una de las etapas más críticas de la historia de Estados Unidos. Obviamente la respuesta (compleja por demás) excede las posibilidades y objetivos del presente trabajo pero no deja de ser esencial indagar en ella para enriquecer el ámbito de los estudios históricos culturales de este país.

²⁰ Ver críticas contemporáneas al estreno del film en:
<http://rogerebert.suntimes.com/apps/pbcs.dll/article?AID=%2F19680626%2FREVIEWS%2F806260301%2F1023&AID1=%2F19680626%2FREVIEWS%2F806260301%2F1023&AID2=> y en
<http://movies.nytimes.com/movie/review?res=990ce1d8163ae134bc4851dfb0668383679ede>